

Rosa y Azul



Contiene

Concurso de bellezas infantiles.—Leyendas españolas: LA VIEJA DEL CANDILEJO.—El consejo del abuelo.—Consejos á las madres. Nuevo concurso.—Los dos cristales.—Información fotográfica del Recreo de Salamanca.—La muñeca.—Carta ilustrada.—La Patria.—Historietas.—Correspondencia.—Pasatiempos. * *

Todo para
15
CENTIMOS

Léanse la segunda y tercera planas de la cubierta.

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre, Marqués de Santa Ana, 33, pral., Madrid.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 33.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

A NUESTROS LECTORES

En vista de las reiteradas peticiones que se nos dirigen de Madrid y provincias para que demos tarjetas postales en sustitución del mapa, porque ven algunos niños dificultad para coleccionar los 52 cupones, y atentos siempre á satisfacer las demandas justas, desde este número canjearemos los cupones que se nos presenten con numeración correlativa; por cada 13 cupones entregaremos 50 tarjetas para **PASATIEMPOS, CONCURSOS**, etc.

MODO DE EFECTUAR EL CANJE

Los de Madrid pasarán por estas oficinas de seis á nueve de la noche, y una vez examinados los cupones se les entregarán las 50 tarjetas; los de provincias deben acompañar á los cupones las señas de su domicilio, escritas con claridad, y cincuenta céntimos en sellos para hacerles la remesa.

Aquellos que tengan interés en recibir el mapa, pueden suscribirse por un año, y además del mapa, que se les remitirá en seguida, se les entregarán 50 postales.

Al importe de la suscripción deben acompañar los cupones y setenta y cinco céntimos para certificado del mapa y envío de las tarjetas.

ADVERTENCIA.—Esta concesión extraordinaria para los suscriptores sólo la hacemos durante el mes de Agosto.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al
Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, 33 MADRID

NUESTRO CONCURSO



CARLOS RODRIGUEZ DIAZ (de nueve años).

Habitante en la calle de Arago, núm. 8, bajo.—Madrid.

(Novena de las fotografías admitidas.)



LEYENDAS ESPAÑOLAS

La vieja del candilejo

HACE más de quinientos años que en una de las calles de Sevilla y á eso de la media noche, se cruzaron dos espadas, y después de un obstinado combate se oyó el gemido

Mas al esclarecerse la calle, un hombre, vestido de negro, con una espada en la mano, la esconde, se emboza y marcha con la gravedad y pausa de una persona inocente.



de un hombre que dijo: — ¡Jesús me valga! ¡Me han matado! — Abrióse al punto una ventanilla, perteneciente á una casa de pobre apariencia, y asomóse por ella una descarnada mano que sostenía un candil encendido, á través de cuya vacilante luz se pudo distinguir en medio del arroyo un bulto negro que aparecía cubierto de lodo y sangre.

Al andar, sus choquezuelas formaban ruido notable, como el que forman los dados al confundirse y mezclarse.

Este rumor tenía poquísima importancia en aquella lamentable escena; pero ejerció tal influencia en el ánimo de la pobre vieja asomada, que lo mismo que si hubiese escuchado el espantoso silbido de una serpiente venenosa, exclamó con terror:

— ¡Válgame Nuestra Señora de los Reyes!

Cayó el candil á la calle y cerróse precipitadamente la ventana.



Al día siguiente, en una estrecha sala del Alcázar, que se reedificaba á la

sazón, estaba sentado el rey D. Pedro, joven, de gallarda presencia, de aspecto severo, en un magnífico sillón de respaldo. A respetuosa distancia, postrada una rodilla en tierra, se veía á Martín Fernández Cerón, vestido con negra toga, sobre la que destacaba su luenga y blanca barba, al cual le dice el rey:

—¿Conque ha amanecido un hombre muerto en una calle de Sevilla? ¿Y cómo venís á decírmelo sin haber preso al matador?

—Señor—contestó el alcalde—, desde antes que luciera el alba he estado haciendo pesquisas, pero han sido ineficaces.

—Alcalde—repuso el rey, ceñudo—, donde yo reino, es preciso que la justicia se administre con prontitud.

—Señor, acaso algún judío, algún moro...

—¿Y cómo os váis detrás de las sospechas—interrumpió D. Pedro—habiendo un testigo que puede aclararlo todo? ¿No me habéis dicho que junto al cadáver se encontró un candil?... Pues bien, el candil puede delatarnos el reo.

—Señor, un candil no tiene lengua.

—Pero la tiene su dueño—contestó el rey con enojo—, y el tormento se ha inventado para que la mueva. ¡Y juro á Dios y á Santa María que esta misma noche he de ver á mis pies ó la cabeza del reo ó la vuestra!

Levantóse el rey airado, y el alcalde se fué temblando de pavor bajo la mirada de D. Pedro. Acto continuo éste salió á dirigir las obras del Alcázar. Luego estuvo hablando gran tiempo con su privado Juan Diente, y le señaló un retrato de piedra que labró un peregrino veneciano y que en nada se le parecía.

Desde el Alcázar pasó al célebre barrio de Triana, y luego que visitó las naves que aparecían vistosas y empavesadas en el undoso Guadalquivir, entró en la parroquia de Santa Ana, donde estuvo orando algún tiempo. Penetró después en la Torre del Oro; comió y jugó á las cartas con varios de sus privados, entre los cuales estaba Martín Gil de Alburquerque; montó después á caballo y dió un paseo, y así que oscureció tornó al Alcázar. Se puso un sayo pardo,

manto regio, colocó sobre su cabeza un birrete sin plumas, ciñó á su cintura una espada de Toledo, y habiendo bajado á los jardines por una puerta secreta y avistándose con Juan Diente, que le esperaba en un paraje oculto, le dijo estas palabras:

—Antes de media noche harás lo que te dije.

Salió solo, cerró el postigo y perdióse en las oscuras callejas de la ciudad.



Bajo una de las bóvedas más tétricas de la cárcel de Sevilla,



alumbrada por una lámpara de cobre, pasaba al propio tiempo una de esas siniestras escenas tan corrientes en aquella época de ferocidad. Sobre unas cuantas gradas había un sillón, y en él sentado, ciñendo negras vestiduras, el alcalde Cerón. Junto á él un bufete, sobre el que se veían preparados pergaminos y plumas. Y en mitad de la lúgubre estancia un lecho de tablas, manchado de sangre, cuyos pabellones eran garrochas, garfios y cuerdas; á ambos lados dos verdugos.

En el gran silencio se oía el chisporroteo de la lámpara.

Habló al fin el severo alcalde, y dijo:
—Venga el testigo que ha de sufrir el tormento.

Abrióse una puerta y salió al poco tiempo, lanzando tremendos ayes, una pobre anciana, acompañada de dos sayones y de dos frailes franciscanos, con sus capuchas caladas.

Tendieron en aquel triste lecho á la infeliz, ya casi sin aliento, y la enlazaron con infinidad de ligaduras. A los pocos instantes se oyó la voz bronca de uno de los sayones:

—La lechuza ya está en la jaula, y si se niega á cantar yo apretaré de modo que chillé.

El alcalde le impuso silencio, y se dirigió á la vieja con estas palabras:

—Si en algo estimas tu vida, declara lo que viste.

—Nada he visto. Yo estaba durmiendo.

—Piensa bien lo que dices, miserable— exclamó Cerón—, y mira bien este candil que te acusa de lo contrario.

—¡Matadme!—exclamó la anciana—. Yo no he visto nada.

Entonces el alcalde hizo una seña, y uno de los sayones tiró al punto de la cuerda. Sonó un chasquido horrible: era una de las muñecas de la infeliz que se dislocaba. Al mismo tiempo penetró en la estancia sin ser visto un bulto negro que fué á ocultarse tras un pilar, pero al pasar hizo un ruido extraño.

—Ese, ese que ha entrado es el matador—gritó la vieja.

Todos dirigieron la vista al desconocido, y todos exclamaron llenos de terror:

—¡El rey!

—Sí, el rey—dijo D. Pedro—. La vieja tiene razón.

Y sacando un bolsillo se lo alargó á la anciana, mandándola retirar. Después prosiguió:

—Yo soy quien mató á aquel hombre; pero al rey nadie le juzga más que Dios.

Sin embargo, para que la justicia quede satisfecha, la cabeza del rey acaba de ser colocada por mi privado Juan Diente en el sitio donde aconteció el homicidio.

Del Candilejo la calle desde entonces se intitula, y el busto del rey don Pedro aún allí está, y nos asusta.

(Ilustraciones de Ramírez.)



EL CONSEJO DEL ABUELO

AL pie de frondosa encina que ofrece apacible sombra, sobre un suelo que es alfombra de flores y de verdor; á los tibios resplandores de un claro sol que declina, y colora la colina con el último fulgor; cuando bullen los insectos en dulcísimos rumores, y en las hojas de las flores

juega la brisa fugaz, conversando están dos seres unidos en tierno abrazo, con indisoluble lazo de cariño y amistad.

Un anciano venerable de nevada cabellera, que en la mundanal esfera va cumpliendo su misión, y al pie de la tumba fría marcha lento y achacoso, con espíritu medroso y afligido corazón.

Y un hermoso rubio niño,
de belleza peregrina,
que su débil talle inclina
por ver del viejo la faz;
y con infantil sonrisa
desliza su nivea mano
por el rostro del anciano
y pregunta pertinaz:

—Abuelo, ¿por qué tu barba
tiene el color de la nieve?—
y entre sus manos la mueve
con inocencia pueril;
mas viendo que el triste anciano
enmudece y no responde
como á su afán corresponde,
le hace otras preguntas mil.

—¿Por qué tu semblante, abuelo,
tan lacio se va quedando?
—¡Ay! Van mi rostro surcando
las arrugas del pesar;
pero antes de que descienda
á la tumba, pues soy viejo,
oye, hijo mío, el consejo
que este anciano te va á dar.

—Eres hoy el inocente
viajero que llega al mundo,
á este piélago profundo
de alegría y de dolor.
Cual risueña primavera
empieza en él nuestra vida,
y acaba como perdida
nube de tenue vapor.

No es ilusión, niño mío;
en este mar de los mares
todo es dolor y pesares,
tristezas, llanto y afán.
Yo, de surcarlo cansado,
toco el fin de mi carrera.
Hijo mío, en esta esfera
unos vienen y otros van.

¡Cuánta borrasca he sufrido
en el viaje de la vida!
Bien en mi frente aterida
la huella del tiempo ves.
El tiempo, que no perdona,
va marcando con su mano
hoy la frente del anciano,
la faz del niño después.

¡Ay! La existencia en la tierra
es un sueño de ilusiones.
Sólo las grandes acciones
logran no morir jamás.
Su oriente y ocaso ve

en una mirada el hombre;
mas no divisa su nombre,
porque el nombre vive más.

Así procura vivir
aun más allá de la tumba,
y cuando el cuerpo sucumba,
hágate el genio inmortal;
porque es el hombre en el mundo
astro errante sin destino
si no marca su camino
con una huella eternal.

¿No escuchas de boca en boca
nombres de hombres que existieron
y, héroes ó sabios, ciñeron
de áureos laureles su sien?
El esforzado Pelayo,
el Cid, honor de Castilla;
Calderón, Lope y Ercilla
y Cervantes y otros cien.

Huye del hombre perverso,
del libertino mundano,
sé con todo ciudadano
generoso y liberal.
Que de Dios la ley divina
hace á los hombres iguales,
desde los palacios reales
á la choza pastoral.

Huye, hijo mío, del vicio
cual de sierpe venenosa
en esta edad peligrosa
de la tierna juventud.
Confianza, amor y respeto
inspirete la voz mía,
y sean siempre tu guía
el estudio y la virtud.

Calló el anciano: su acento,
del niño con la sonrisa
llevóse unidos la brisa
en abrazo fraternal.
Pero del niño quedóse
en el corazón grabado
el eco dulce y pausado
de aquella voz patriarcal.

Y guardó como una alhaja
tan sabio y justo consejo.
Que hay entre el niño y el viejo
no sé qué dulce atracción.
Y es que los dos en el mundo
cumpliendo el mismo destino,
se encuentran en el camino
al principio y conclusión.

CESÁREO S. BALMASEDA.

LOS CARTELEROS



CONSEJOS A LAS MADRES

BUENO es, queridos lectores, que en esta Revista que hasta ahora se ha dedicado exclusivamente á los niños, pongamos algunos renglones dedicados á las mamás, pues siempre lo agradecerán éstas tratándose del bien de sus hijos. Por hoy nos concretaremos á recomendar que las mamás se entretengan en hacer la ropita á sus pequeñuelos; lo que, además de ser un entretenimiento, puede reportar á las señoras grandes economías.

Sabido es que las madres tienen un exquisito gusto en hacer la *toilette* á sus pequeñuelos; por eso creo que debieran hacerles también los trajecitos. La mayoría de las veces (cuando se encarga un traje á una modista), oíd lo que ocurre: Ponemos con gran entusiasmo el precioso vestidito á nuestro bebé, ¡y cuántos defectos encontramos! Allí falta algo. Y ese algo, ¿sabéis cuál es?... Pues la mano de la madre. Aquellos encajes, ¡con qué gusto los hubiese colocado ella! El

traje es muy lindo...; pero la mamá lo habría hecho con gusto más exquisito, con más *sic*.

Todas las madres sabrán cortar, aunque no con perfección, lo suficiente para hacer la ropita á sus nenes.

Claro es que en la construcción de los vestidos varía constantemente el corte, en razón á la moda. No es posible dar reglas fijas sobre ello; por consiguiente, daré las más fundamentales, que son aplicables á toda clase de vestidos, de verano ó de invierno.

Los pequeñuelos están encantadores en el verano con sus vaporosos vestiditos, bien de batista blanca, bien de otra clase de tela y color, no ajustándolos demasiado al cuerpo del bebé, sino, al contrario, dejándolos algo flojos para que permita al niño realizar con soltura sus movimientos.

Para hacer un traje á un niño de cuatro á cinco años, es suficiente con cinco varas de tela si es estrecha, y si es de doble ancho con tres. Las medidas que se toman para hacer toda clase de trajes son: largo y ancho de espalda, largo y ancho de pecho, grueso de cuerpo por la cintura, grueso de tronco por debajo de los brazos y largo de éstos.



Sería ofender á las señoras indicar aquí el coste de las telas: todas lo saben. En cuanto á los adornos, cada cual puede elegir los que más le agraden, en la seguridad de que el *mejor práctico* no lo haría con mayor acierto.

Cuando detallemos más, cosa que haremos á medida que vayamos desarrollando nuestro pensamiento en esta sección, demostraremos que las economías que pueden obtener las madres no son inferiores al *cinuenta por ciento*, aparte de la satisfacción que produce ver un niño *vestido á gusto*.

Y basta por hoy, que por ser la primera vez no quiero que me tachen de pesada.

ENGRACIA IGLESIAS.

- Rafaelito, ¿puedo hablar á tu mamá?
 —Ha salido, doña Engracia.
 —¿Cómo que ha salido!
 —Sí, señora. Cuando viene la señora Juana, mamá tiene encargado que si preguntan por ella digamos que ha salido.
 —¿Y quién es la señora Juana?
 —No sabe usted? La que pone á mamá el pelo rubio.



NUESTROS CONCURSOS MENSUALES

El octavo.

Se abre un nuevo concurso, que consiste en enviar la solución á la siguiente fuga de vocales:

D . s . c . s . s . q . . n . h . l . l . r . s :
 . n . l . c r . n . s . n . v . n . n .
 y . n . c r . t . c . q . . h . l . l . b . n . n .
 l . q . . . s c r . b . n l . s . d . m . s

Bases para tomar parte en el concurso:

1.^a Cada concursante puede enviar hasta diez soluciones.

2.^a Las soluciones deben enviarse desde provincias franqueadas con un cuarto de céntimo, dentro de un sobre, **abierto**, poniendo en el anverso: *Original de imprenta*. Los

concurstantes de Madrid pueden depositarlas en el buzón de estas oficinas.

A medida que se reciban las soluciones serán numeradas por el orden de entrada aquellas que resulten exactas, y si el número de las recibidas resultase mayor que el de los premios, serán sorteadas en la forma que venimos haciéndolo en todos los concursos.

4.^a El concurso queda abierto desde esta fecha, y se cerrará el 30 de Septiembre á las nueve de la noche.

El premio primero consistirá en un *precioso juguete*; el segundo en un *bonito libro de recreo*.

La nietecilla inocente
soltó el cristal de la mano,
y así contestó al anciano,
dándole un beso en la frente:

—¿Conque el celeste tisú
que hoy contemplo en mi alegría,
he de mirarle otro día
tan negro cual lo ves tú?

Y del sol, tibio reflejo,
aún sorprendió en la campiña
las lágrimas de la niña
y las lágrimas del viejo.

EDUARDO DE SANTIAGO Y CARRIÓN.



EL RECREO DE SALAMANCA

LOS DOS CRISTALES

A la distinguida Srta. Elena Lueiro Rey.

TRAS un cristal encarnado,
una niña el sol veía,
y todo ante ella tenía
color bello y sonrosado.

—¡Qué hermosa está la campiña!—
con alegría exclamaba,
mientras su mente forjaba
sus ilusiones de niña.

Y al lado, su anciano abuelo,
tras unos negros anteojos,
contempla los rayos rojos
del sol que brilla en el cielo.

Mirándole de hito en hito
y con acento inseguro,
dijo la niña:—¡Qué oscuro
lo verás todo, abuelito!—

Volvió el viejo la cabeza
la observación escuchando,
y, una lágrima enjugando,
así dijo con tristeza:

—¡También yo, en edad dichosa,
con mis sueños sonreía,
y el mundo me parecía
de bello color de rosa!

No son del cristal engaños...
¡Es que en mi dolor profundo
estoy contemplando el mundo
á través de ochenta años!—

PARA los madrileños que por sus ocupaciones ó por otras causas no salen de veraneo, queda estos meses un rinconcito adonde enviar á jugar á los niños: el Recreo de Salamanca.

Lo aristocrático de la barriada; lo bien situado que está el Recreo, y el magnífico y bien cuidado jardín, en unión del cinematógrafo, del *Tío Vivo* y del columpio mágico, son causas bastantes para que los padres envíen allí á sus hijos acompañados de los sirvientes, en la seguridad de que pasan la tarde deliciosamente.

Pero aún hay algo más sugestivo para los niños y... para los que ya peinan canas: los patines. Las piñatas que organizan los distinguidos *sporments* que pasan la tarde y la noche sobre los patines, hacen las delicias de los niños y de los padres.

Los Sres. Polanco y Cabezas nos han hecho varias instantáneas de los patinadores, y entre éstos, amparando á dos lindas patinadoras, se ve á Guillermo, el encargado de la pista, en la cual es una especie de institución. Los pequeños adoran á Guillermo, los mayores le distinguen con su amistad.

Ni pensábamos descubrir el *sport* del patinaje, ni hemos de seguir hablando del Recreo de Salamanca; no piense alguno que lo hacemos con determinado fin. Nos agradó el local; nos gustaron los grupos de niños patinadores; se disparó la máquina, y... eso es todo.

RECREO SALAMANCA (Patinaje).



(Fotografias de los Sres. Polanco y Cabezas).

LA MUÑECA

ELENITA es una niña rubia como el oro y de una locuacidad verbal muy plácida.

Es la alegría de sus padres; su madrecita la quiere mucho y la mimaba en extremo. Pero la niña es exigentilla, de un genio vivísimo y muy traviesa; en lo demás es buena; su papá la adora. El otro día la prometió comprarla una muñeca; y desde entonces Elenita, pensando en tal obsequio, no sosiega.



La mamá de Elena cose ropa blanca sentada orilla de un elegante costurero. La niña, junto á su madre, repasa las lecciones del *Catón*. Ésta interrumpe de vez en cuando su labor, y fija sus amorosos ojos en su hija con dulzura.

—¡Cuánto tarda papá!— dice la niña.

—No seas impaciente, hija mía. Papá tiene que atender sus muchas obligaciones. ¿Sabes ya tu lección?

—Sí, de carrerilla.

—Me alegro; y también se alegrará mucho papá, pues ya sabes que quiere verte siempre muy aplicada.

Un señor que penetra en la habitación interrumpe la escena.

La niña toda alborozada se levanta, y alegremente corre á su encuentro tendiéndole las manecitas.

Es su papá, que sonriente la toma en sus brazos y abrazándola la besa en las mejillas.

—¿Cómo nos hemos portado hoy, Elena?— dice fingiendo gravedad—. ¿Sabe usted bien su lección? ¿Ha sido usted mala? Traiga usted el *Catón*. Á leer.

Y Elenita lee.

Su papá, satisfecho de su aplicación, va á su despacho, coge un bulto que al venir de la calle dejara en la mesa del mismo, vuelve con él, y enseñándosele á su hija, dice:

—Aquí traigo una cosa que te va á agra-

dar mucho. Es una niña muy bonita. Mira.

Deslía el bulto; es una caja. Alza la tapa de ésta... En el fondo de la caja hay una muñeca, una lindísima muñeca, que la niña contempla con atónitos ojos. Empieza á palmo-tear; mas de pronto se queda como ensimismada...

Piensa si será una niña de verdad, aunque más pequeñita. La despoja de sus vestiditos y se convence. La muñeca es... ¿de qué puede ser?... ¡de cartón!

Elenita salta loca de contento; la besa el pintado rostro; corre, se sienta, la mece cariñosamente y dice mostrando la muñeca á su mamá:

—Mira qué bonita. La voy á querer mucho... muchito. Tanto como á ti y á papá. ¿Verdad, mamá? Mucho, muchito la voy á querer.

Y vuelve á levantarse, á mecerla y besarla, yendo de aquí para allá. Sus padres la contemplan sonrientes, saliéndoseles por los ojos la felicidad que los embarga al ver el contento de Elenita.



La mamá está triste y llorosa, sentada junto á la cabecera de una lindísima cuna, donde reposa la niña.

¿Está mala?

Veámoslo. Está durmiendo. Su pecho respira fatigosamente. Su rostro está pálido, demacrado... En efecto; está mala.

Al lado izquierdo del lecho, apenas asomando por el embozo de las ropas, se ve la muñeca. Tanto la quiere Elenita, que no ha querido separarse de ella, aun estando mala; todo por el placer de verla; de tenerla constantemente á su lado.

De pronto la niña se agita en su lecho y entreabre los ojos. Se ha despertado. Su madre la besa con ansia en la boca y la pregunta:

—¿Qué te duele, mi vida? ¿Qué sientes? ¿Qué tienes?

—¡Si no tengo nada, mamá...; si no me duele nada, mamita.

La doncella anuncia una visita. Sale la mamá á recibirla, y se queda la primera al cuidado de la enfermita.

Es el médico, que tras de conversar un breve rato con la señora, entra por fin con ésta en la alcoba. Examina á la niña y hace un gesto de desagrado. Después la pulsa, la posa ligeramente una mano en su blanquísima frente que arde, y hace un segundo gesto de desagrado. Luego sale de la habitación con la mamá, que le conduce al despacho del esposo. Allí extiende el galeno una receta, y al fin se despide de la pobre madre, dándole las instrucciones que ha de seguir en adelante:

—Está mala... muy mala. Pero no desespero. Hay que luchar todo lo que se pueda para combatir el mal. Si tuviera algunos años más, aseguraría firmemente su curación. La enfermedad no puede ser peor, sobre todo en un niño... Es la meningitis, señora... Mucho cuidado... mucho trato. Mientras el mal vacile no hay peligro.

Y se fué dejando á los padres tristes, doloridos.



¡Qué imponente es la muerte! ¡Qué respeto causa! El ánimo más sereno se siente sobrecogido ante su poderoso impulso, y depone toda su valentía, toda su fuerza de espíritu... En la casa de Elenita está todo callado; todo es solemne silencio. La tristeza impera. Entremos en la alcoba de la cuna. Esta se halla vacía. Las ropas se encuentran en desorden. ¿Donde está Elenita? Ya no resuenan en la casa sus francas risitas, su charla voluble, sus carreras aturdidoras. Ahora reina el silencio en toda la casa...

¡Elenita ha muerto! Aún tenemos tiempo de verla. Son las cuatro de la tarde. Penetremos en una sala de la casa. Por entre las entornadas maderas del mirador entran

los rayos solares, que desdibujan un poco el tono sombrío de la habitación.

En medio de ésta, y sobre la mesa mortuoria, se encuentra, rodeada en los cuatro costados por blandones, una caja blanca, muy blanca..., y en ella el cuerpo inerte de Elenita.

Cartas ilustradas

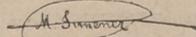
A  20 Junio 1904

Querido  amigo:

De: d. que  che D. Madrid, llevo  pueblo, una  tan hermosa como:  del Krivo  epok.

Si v. N. nos bañamos  X
l.  mearian  cork de   mas,
tendrás  libertad  la comor  D. todas
 del huerto, y pasa  mo. nu.
 muy  ratos.

Da  en  2 a tus pap 
a tus her  Roi  y 
recibe un Krivo  abrazo de tu ami.
go que  cont. 



Su cara pálida, amarillenta, resalta sobre la nivea almohada que sostiene su cabecita. Sus guedejas rubias, preciosísimas, caen peinadas cuidadosamente por bajo de una corona de flores artificiales. Su traje largo, blanco, monísimo, la asemeja á las niñas que van á la primera comunión.

Inmóvil, inerte, pálida, con los ojos cerrados... ¡Cualquiera la hubiera creído dormida!...



NUESTROS SIRVIENTES



—¡También es caprichoso el señorita! ¿Por qué querrá que le entre las botas encima del chocolate?

La mamá entra de pronto en la habitación. Tiene los ojos hinchados, amoratados por el llanto. El pelo desgreñado, suelto; los vestidos arrugados...; parece una loca. Detrás la siguen el esposo, triste, con el semblante y los ojos empañados de lágrimas, que la sujeta en sus brazos conteniéndola cariñosamente, y cuatro señores vestidos de riguroso luto.

—¡No os la llevéis, no; no os la llevéis— clama la pobre madre—; me pertenece; es mía! ¡Si os la lleváis, llevadme con ella!

—Pero mujercita mía— agrega él—, mi vida, si es preciso; no puede estar más tiempo así; vamos, no seas terca.

De pronto ella se desprende de los brazos de él y sale de la estancia.

Momentos después vuelve con algo en las manos, que deposita en la caja fúnebre, al lado del yerto cadáver de Elenita.

¡Es la muñeca!

—Ahora— exclama— lleváosla... Ya que no sea yo la que esté junto a ella, que sea la muñeca la que ocupe mi puesto.

Y después de besar a la niña y a la muñe-

ca muchas, muchas veces, se deja caer en un diván, anonadada, sin fuerzas ni aun para llorar...

¡Pobre Elenita! Su vida se ha extinguido cuando lucía apenas la aurora de su existencia. Pero lo que quiso mucho, lo que adoró en vida, la acompañaba a la tumba. La muñeca sería enterrada con su pequeña ama, con su madrecita.

ELADIO CEPILLO Y PRIETO.

LA PATRIA

Nos encontramos en lo más crudo del invierno de 187... No tengo por qué decir a mis amiguitos que si éste era crudo en Andalucía y Murcia, lo había de ser mayor en Asturias, lugar que por estar tan cerca del Norte, como por hallarse enclavado en una profundidad de tierra, se hallaba cubierto por una capa de nieve bastante regular, por cuyo motivo era rara la persona que se aventuraba a salir de su casa sin un motivo de verdadera urgencia.

En dicho pueblecito vivía una familia, compuesta de un anciano, militar retirado; su nuera, y tres hijos de ésta, llamados Daniel, Augusto y Victoriano, de siete, cinco y tres años, respectivamente. El día que nos ocupa, por cuestiones entre los hermanos sobre quién sería el primero en salirse a la puerta a ver caer la nieve, armaron un escándalo fenomenal, y uno de ellos, Augusto, cogió del armario un brazo de goma que tenía allí guardado su abuelito y empezó a golpear a sus hermanos con él, haciendo a Victoriano, que como más chico no se podía defender, un *bollo* morrocotudo, por lo que empezó a llorar a lágrima viva y fué corriendo a decírselo a su mamá.

Pero su abuelito, que había salido á su encuentro, lo detuvo; quitó al otro su brazo de goma, y, reuniendo á los tres, se sentó al lado de la chimenea, y les habló de esta manera:

—Hacéis muy mal en alborotar encontrándose vuestra mamá en cama, porque podéis agravar su dolencia, y ha dejado dicho el médico que tenga mucha tranquilidad. Entre tanto descansa, os voy á contar por qué tengo ese brazo de goma que habéis cogido para maltrataros unos á otros.

—¡Sí, sí! Cuéntenoslo usted—gritaron los niños á coro.

—Pues allá va. Mi familia me envió á estudiar á X*** la carrera de militar, cosa que me produjo suma alegría, porque, en verdad, no hay profesión más hermosa que la que se emplea en la defensa de la Patria.

—¡Oiga usted, abuelito!—le interrumpió Daniel—. Por todas partes oigo decir: «Peligra la Patria», «Hay que defender á la Patria», «Murió por la Patria», siempre Patria, y todavía no sé yo qué significa la palabra Patria, para que sea tan importante.

—Como sabréis—continuó nuestro ex-militar—, en la antigüedad no se conocía más que la familia, esto es, marido, mujer é hijos; pero á causa de las continuas peleas entre las familias se fueron uniendo unas con otras, con el objeto de hacerse más fuertes y poder vencer á sus adversarios; esa unión tomó el nombre de tribu. Varias de éstas unidas se llamaron pueblos, y por último, varios pueblos que tienen la misma lengua, la misma religión, las mismas leyes, gobierno, costumbres y que se comprometen á socorrerse mutuamente, es lo que hoy llamamos Patria.

Pues para defender esa Patria, sus habitantes se comprometen á ponerse bajo las órdenes de sus mayores en saber ó valor á una edad determinada, cada año, ó más, según como tienen establecida la costumbre.

Pues bien; la Patria en que nosotros habitamos y que se llama España, también necesita defenderse, y he ahí por qué existen esos cuarteles de soldados de Infantería, Caballería, Ingenieros, etc.

Yo, como os he dicho anteriormente, tomé la carrera de las armas, y cogí el título de alférez por el año de 1807, época en que vinieron los franceses á apoderarse de España.

Como es natural, los españoles tratamos de defen...

Pero no pudo continuar, porque habiendo oído quejarse á la mamá de nuestros amiguitos, corrió á consolarla, por lo cual la historia de su brazo de goma se quedó para otro día, como verá todo aquel que siga leyendo la Revista.

J. S. AVILÉS.



—Diga usted, guardesa de este edificio, ¿cuánto renta el piso cuarto interior?

—Cuatro duros.

—¿Hay ascensor?

—¡Pos no quiere ustez pocas gollerías por cuatro duros!... Hay descansillos en la escalera.

NUESTRAS NOVELAS

Terminada en este número la bonita novela

DÍA FELIZ

en el próximo comenzaremos á insertar las extraordinarias

AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO

en papel rosa, impreso con tinta azul.

Esta deliciosa é instructiva novela la publicaremos en el mismo tamaño de la Revista, aumentando á ésta **cuatro páginas** más de las que ahora tiene.

Aunque este aumento nos origina bastantes gastos, el precio de ROSA Y AZUL continuará siendo **15 céntimos**.



LA GOLONDRINA.—Se ha puesto á la venta la primera de las obras premiadas por la Biblioteca «Patria», que lleva por título *La Golondrina*. Su autor, el Sr. D. Enrique Menéndez Pelayo, ha escrito una bonita novela, que recomendamos á nuestros lectores.

ADVERTENCIAS.—Agradeceremos á nuestros lectores de provincias que no encuentren ROSA Y AZUL en los puestos, se dirijan á esta Administración.—Conviene leer nuestros concursos de **Cuentos, de Planas artísticas y de Bellezas infantiles**.

LISTA DE SUSCRIPTORES

(Continuación.)

Antonio Marquerie.—Rafael Llanes.—Lola R. de Guzmán.—Manuel Rivas.—María Aguilar.—Emilio García.—Paulina Rico.—Lucas Ruilópez.—Anita Hernández.—Teresa Jiménez.—Santiago H. Pino.—Nicanor Gómez de la Torre.—Paquita Menéndez Pidal.—Eulogio Sánchez.—Salvador Alonso de Medina.—Antonio Jimena Díaz.

(Se continuará.)



Felisa Pérez.—Madrid.—Muy bien las soluciones. La fuga que me envía es muy conocida.

Camilo Barcia.—Ribadeo.—La carta ilustrada tiene que hacerla mayor.

F. Hernández del Río.—Málaga.—Entra en turno su trabajo.

Carlitos Lefeves.—Madrid.—Admitido el pasatiempo.

Eduardo de Santiago.—Vigo.—Gracias por el aviso. La carta tiene que esperar.

M. Caldeiro.—Madrid.—¡Pero aún no sabe usted cómo se hace un triángulo! Algunos de los pasatiempos se publicarán.

Un suscriptor concursante.—Idem.—Siento no ser de su opinión.

Federico Ledesma.—Barcelona.—Publicaré el cuento. La carta no sirve por las razones expuestas ¡8,476,938 veces!

P. A. M.—Ronda.—Siga el orden cronológico en los envíos. Lo remitido está en mi poder; ya irán saliendo.

Vicente Mas.—Soller.—Se publicarán.

Ricardo Menor.—Villena.—Por ahora no publicamos pasatiempos ilustrados. La carta no sirve por pequeña.

José Muñoz.—Madrid.—No sea usted impaciente; tengo siete ú ocho cartas suyas esperando turno. La historiera tiene idea; pero el dibujo está mal. Es preciso que estudie mucho. El pasatiempo sirve.

Carmen Corral.—Idem.—Entra en turno la charada. Lo otro llegó tarde.

José Corral.—Idem.—Idem los pasatiempos.

José López.—Idem.—Idem íd.

J. Palomino.—Osuna.—No puedo complacerle por culpa del correo.

G. Rojo.—Yébenes.—Está en estudio.

J. L. Amor.—Madrid.—Publicaré los pasatiempos. Envíe cuando guste lo que anuncia.

A. Jimena.—Idem.—La carta es pequeña. Hágala mayor. La sustitución entra en turno.

—murmuró el coronel atendiendo al rumor de sus pasos— y yo he vuelto á ver á mis soldados, á mi rey y... morité tranquillo.
—¡Oh! No, morir no—prorrumpió una voz infantil á sus espaldas.
—¡Ah! ¿Eres tú, chiquitín? Ven, ven á los brazos de tu padre; no, morir no, díces bien; vivirá para ti.

109

DÍA FELIZ

FIN

—¡Adiós, muchachos! Buenas tardes; coronel, hasta mañana.

Dicho esto, volvió el caballo y partió á galope.

Todos echaron á correr detrás, vitorreándole.

*
*
*

Una hora después era casi de noche. El prado estaba enteramente iluminado con farolillos de papel. Una multitud de campesinos, hombres y mujeres, mezclados con los militares, iban y venían por el prado y la carretera, moviendo festiva algazara. Comenzaban á oírse los acordes de las flautas y violines.

—¿No se comienza el baile?—preguntó el coronel á los novios.

César se volvía para responderle, cuando se presentó delante un muchacho, todo asombrado, que quería decirle algo y no podía articular palabra.

—Los pobres muchachos son felices
Después, oscureciéndose de nuevo.

De repente, una de las ventanas del prado bajo se iluminó y pasaron dos sombras.

dados que volvían á sus casas.

voces, que iban apagándose; eran los soldados, se oía un canto confuso de muchas llado y limpio. Á lo lejos, en el fondo del cabeza del anciano. El cielo estaba estreviéndose de vez en cuando, iba á rozar la La bandera enarbolada en la ventana, moque hacia caer las hojas de los castaños.

Soplaba un fresco viente de otoño yada en los brazos. Era el coronel.

cruzados sobre el alféizar y la cabeza apogüen, que estaba sentada, con los brazos dito, abierta é iluminada. Velase allí á al-estaban cerradas, excepto una, la del me- Inceita. Todas las ventanas de la quinta ramas de los árboles, resplandecía alguna sierto y silencioso. Acá y allá, entre las Dos horas después el prado estaba de-

DÍA FELIZ

108

DÍA FELIZ

105

—¿Y vosotros?—preguntó el coronel, más aturdido que ellos.
Fueronse también a bailar los novios.
No habían dado cuatro pasos cuando César arrojó un grito.
La música cesó, y todos se agruparon en torno de él.
—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?
—Se ha desmayado Luisa en mis brazos—contestó César sosteniéndola para que no cayese en tierra.
El coronel se aproximó a Luisa y la llamó por su nombre.
Luisa abrió los ojos, miró en torno, exhaló un suspiro y sonrió.
—¡Ah! No es nada—exclamó César tranquilizándose.
—Ha sido el exceso de la alegría, ¡Micaela!—añadió el coronel.
Y se pusieron de nuevo a bailar.

*
*
*

—¿Qué pasa?—preguntaron Luisa y César casi asustados.
—¿Qué ha ocurrido?
—Habla.
—Es que las banderitas que yo había puesto en los linderos de la posesión no están ya allí.
—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde están, pues?
—Se las han llevado media milla más allá, á la otra colina...
—¿Y quién las ha hecho cambiar?
—Adivinado.
—¿Quién?
—El rey.
—Ya estáis ricos—dijo una campesina á los novios.
—¡Música!—gritó el coronel con voz temblorosa.
La música comenzó. Todos acudieron á bailar. Luisa y César permanecieron inmóviles.



ANAGRAMA LITERARIO por Manuel Caldeiro.

«Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, mas no el honor,
que es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.»

Entresacar de esta conocida cuarteta de Calde-
rón las palabras necesarias para formar el título de
un drama de un célebre autor contemporáneo.

TARJETA por Rafael Fernández González.



Combinad las letras y hallaréis el nombre de
una reina del siglo XII.

JEROGLÍFICO por Gil Farrán.

QUI
+ Nota Ra — B

CHARADA por Eduardo Benzo.

Ciento cincuenta
y una vocal,
cinco y artículo
flor te darán.

ACERTIJO por L. Sánchez.

¿Cuál es el nombre de varón que no tiene ningun-
a letra de Carlos?

FUGA DE VOCALES por Carlitos Lefeves.

. n . l . f . n . d . d . l . m . r . n . c . l . p . r . l .
. n . l . . l . t . r . c . l . v . . l . t . . z . l
. n . l . s . n . b . s . l . g . t . d . r . c . .
. n . m . s . . n . s . . ñ . s . r . s . y . z . l

CHARADA por R. Almonacid.

Mi primera consonante,
es mi segunda vocal,
y son mi tercera cuarta,
las dos, nota musical.
Prima, segunda, tres, quinta
nombre de mujer será;
como igualmente mi todo
otro nombre te dará.

CUADRADO por Antonio Fernández.



1.^a, flor; 2.^a, en el mar; 3.^a, habitación, y 4.^a,
verbo.

JEROGLÍFICO por Vicente Vila.

CUANTO + VIRTUD PREMIO



SOLUCIONES

Al acertijo por E. de S. y García: LA SAL.
Al jeroglífico por F. Morales: Revista.
A la tarjeta por Juan Cano: JOAQUIN DICEN-
TA; LOS CAMARONES.
A la L numérica por M. Lancho: AMBROSIO.
Al cuadrado por Silvio Pérez:

C U B A
U V A S
B A T A
A S A R

A la adivinanza por A. Lluch: DROGUERIA.
Al jeroglífico por J. Muñoz: ENCUADERNA-
CIONES.

A la charada por M. Tieso: TERESA.
Al rombo por A. Marquerio:

S
D O S
S O R T A
S I L

A jeroglífico por R. Almonacid: CASCARÓN.

ADVERTENCIA.—Agradeceremos á los suscriptores por seis
meses que deseen renovar la suscripción, nos avisen con tiempo,
fijándose en las condiciones especiales que hemos establecido para
el mes de Agosto. (Véase la segunda plana de la cubierta.)

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

MÉTODO CÍCLICO

EL MIRMO DE LA

ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.
 Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada	0,15
Lengua castellana	0,15
Aritmética	0,15
Geografía é Historia	0,15
Elementos de Derecho	0,15
Nociones de Geometría	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana	0,15
Agricultura	0,15
Industria y Comercio	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monederero pueden re-
 mitirse hasta 50 pesetas en cual-
 quier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 15, BAJO
 MADRID**

Talleres de grabado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de ROSA Y AZUL.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gas-
 tralgias, úlceras, diarreas,
 vómitos y cuanto revela malas digestiones se
 cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
 en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10
 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
 colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajés dril, desde.... 2 ptas.
 Lana y vicuña..... 5 »
 Gergas y estambres.. 10 »
 Piqué superiores... 8 »
 Alpacas elegantes... 15 »

Cuellos novedad, chalinas,
 sombreros paja y colección
 grandísima de géneros para
 la medida.

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thioeol-cinamo-
 vanádico-fosfo-glicólico 藥藥藥藥藥藥

De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
 monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
 pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para
 combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,
Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid